

Lo político en América Latina: ¿el retorno de la función tribunicia?

Por *Morgan QUERO**

Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

Simón Bolívar, última proclama, 1830

Aproximaciones

CON LA MUERTE DE HUGO CHÁVEZ, presidente de Venezuela, el 5 de marzo de 2013, se abrió una nueva etapa de crisis y cambio político en América Latina.¹ Pero esta crisis que iniciaba, incipiente, con la glorificación del “Comandante” en un video de dibujos animados en que Chávez llegaba al cielo y era recibido por Simón Bolívar, Evita Perón, Salvador Allende, Sandino y el Che Guevara, entre otros,² no sólo nos recordaba la iconografía sacrificial de la historia política latinoamericana, sino la persistencia histórica de los arquetipos de la cultura que definen los principales rasgos de lo político en nuestra América. Pocos líderes han tenido la influencia y la repercusión que Chávez logró en muy poco tiempo: su discurso permeó en una generación que mostró su impronta, le infundió un nuevo impulso a la Revolución Cubana y contribuyó decididamente a la instauración de otros regímenes progresistas en la región. Desde Rafael Correa en Ecuador hasta Evo Morales en Bolivia, pasando por Néstor Kirchner en Argentina e Inácio *Lula* da Silva en Brasil, sin olvidar a Manuel Zelaya en Honduras y a Daniel

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <morgan.quero1@gmail.com>.

¹ Véase Morgan Quero, “¿Réquiem por la izquierda en América Latina?”, *Archipiélago* (México), núm. 85 (marzo de 2016), pp. 54-55.

² Véase en DE: <http://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/03/130318_chavez_vidео_cielo_vive_tv_cch>. Consultada el 20-iv-2016.

Ortega en Nicaragua, Chávez impulsó liderazgos y contribuyó a la instauración de un inédito panorama de gobiernos progresistas en toda la región.

Su actualidad, sin embargo, no se pone de manifiesto sólo por la simultaneidad de liderazgos y proyectos similares, esencialmente basados en una mayor presencia del Estado en la vida económica y social.³ Su actualidad deviene de la definición misma de lo político en nuestra América; los resortes simbólicos desde los que actúa y representa a una sociedad que se expresa políticamente y que se engarzan con la historia y la experiencia cultural de los pueblos. También por la gran capacidad de innovación política y constitucional experimentada en todos los países desde los años noventa, por el dinamismo de sus sociedades y por el cambio de paradigmas en la acción estatal, por la permanencia del populismo como mecanismo de integración política y por la emergencia de la región en un mundo multipolar.⁴

Sobre la definición de lo político compartimos la idea de un sustrato antropológico que articula y estructura, como un reto, y de manera constitutiva, lo social, lo común; pero desde el conflicto, el antagonismo y la diferencia para la transformación o conservación del poder en el escenario de la representación. En ese sentido nos ubicamos con Carl Schmitt para afirmar que “el concepto de Estado supone el de lo político”.⁵ Nuestra perspectiva busca interpretar lo político desde una mirada que antecede a la dinámica del Estado, las instituciones, las normas legales o los partidos políticos. Así, podemos entender lo político como el umbral de la institución del orden social y la política como un sistema ya instituido relacionado con la administración del orden. Y en nuestra América esta mirada combina lo que como historiador Ruggiero Romano llamó *los mecanismos de la conquista colonial*, y lo que como politólogo innovador Georges Lavau denominó *la función tribunicia* del sistema político.⁶

³ Para entender la diversidad de las formas del capitalismo en América Latina, más allá de etiquetas ideológicas, consúltese Ilán Bizberg, coord., *Varietades del capitalismo en América Latina: los casos de México, Brasil, Argentina y Chile*, México, El Colegio de México, 2015.

⁴ Georges Couffignal, *La nouvelle Amérique Latine*, París, Sciences Po-Les Presses, 2013.

⁵ Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 2009, p. 49. Para una discusión actualizada puede verse Chantal Mouffe, *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999.

⁶ Ruggiero Romano, *Les conquistadores: les mécanismes de la conquête coloniale*, París, Flammarion, 1972; y Georges Lavau, *À quoi sert le Parti Communiste français*, París, Fayard, 1981.

La triangulación arquetípica

DESDE el siglo XVI, con la conquista española, América entró en una etapa histórica que transmutó sus bases culturales, étnicas, sociales, económicas y políticas. Como lo explica Romano en su clásico libro *Los conquistadores*, los mecanismos de la conquista colonial produjeron una nueva sociedad bajo la impronta de una ideología —o teología tripartita— o, aún mejor, de tres funciones sociales y cósmicas, como diría Georges Dumézil,⁷ que integran en su conjunto a los pueblos indoeuropeos. Esta trilogía es la que el poeta chileno Pablo Neruda menciona en su poema “Canto a la araucaria araucana” en sus *Nuevas odas elementales*: “La cruz, / la espada, / el hambre / iban diezmando la familia salvaje”.⁸

Si bien la teología tripartita se estructura de manera tradicional como la función de los guerreros, los sacerdotes y los productores o campesinos, sus orígenes en los relatos míticos de diversas culturas (lo indoeuropeo)⁹ nos remiten a un universo arquetípico que, paradójicamente parece operar de manera simbólica y eficiente en la producción de sentido de los pueblos de nuestra América.

De hecho, la función del productor, o campesino, estaría más vinculada a la categoría del hambre, a la que hace alusión Neruda en sus versos. El hambre puede ser interpretada como la categoría de falta.¹⁰ Y desde ese punto de vista nos coloca ante la perspectiva de las clases populares, de los plebeyos, el pueblo y, sin querer ser exhaustivos o entrar en una clasificación de las categorías socio-profesionales, también de la subalternidad: la condición de marginación de las mujeres, los niños, las personas mayores. Y aún más de aquellos que se sienten excluidos de un sistema económico, los informales, y de un sistema legal, los delincuentes (incluso en su versión de narcotraficantes). Desde una perspectiva étnica, ubicamos la condición racista de las sociedades latinoamericanas y la

⁷ Cf. Georges Dumézil, *Mythes et dieux des Indo-Européens*, París, Flammarion, 1992.

⁸ Pablo Neruda, *Nuevas odas elementales*, en DE: <<http://www.neruda.uchile.cl/obra/obranuevasodas2.html>>. Consultada el 10-IV-2016.

⁹ Conocemos las objeciones y debates sobre el término en la filología e historia, pero tomamos como referencia los trabajos de Dumézil, vinculados a la tradición cultural y a la estructura de los mitos que, nos parece, permite una síntesis estimulante para la comprensión de estos procesos.

¹⁰ Sin entrar en la discusión psicoanalítica de Jacques Lacan, observaremos los apuntes que sobre la categoría de *falta* hace Pierre Legendre, *El inestimable objeto de la transmisión*, México, Siglo XXI, 1996.

exclusión de los grupos indígenas y pueblos afroamericanos, los obreros, los campesinos pobres y peones de las haciendas y de los campesinos sin tierra después de los ciclos de reforma agraria del siglo xx en América Latina.

La espada, a su vez, sería la forma de representación para aquellos que recurrieron al uso de las armas, de manera simbólica o material, para imponer su visión de las cosas; desde los conquistadores hasta los guerrilleros y dictadores de todo cuño. En ese sentido la preeminencia de la función arquetípica de las formas militares, la atracción por los uniformes y el lenguaje agresivo que implica desafío y combate, impregna la cultura política de nuestra América.

La cruz no sólo hace alusión a la influencia de la Iglesia desde la conquista, sino también a la función sacrificial que encontramos en la política.¹¹ Pero sobre todo a la fuerza de la palabra. Palabra de los evangelizadores de la conquista, de los curas de pueblo, de los intelectuales. Todo ello nos remite al culto al relato, a la función de los oradores en política, y en nuestra historia la lista es larga, a la importancia decisiva de la oralidad en la transmisión del conocimiento, de las tradiciones y de la integración social.¹²

Durante gran parte del siglo xx América Latina vivió como un paradigma político el establecimiento de los regímenes nacional populares. Con el auge de la globalización, la caída del Muro de Berlín, el fin de las revoluciones y el neoliberalismo como único modelo de desarrollo y de gobernanza, la región parecía condenada al fin de la historia. Contra todos los pronósticos, a inicios del siglo xxi la situación era radicalmente novedosa. Muchos partidos que durante los años ochenta y noventa habían luchado por la transición a la democracia y que se autodenominaban de izquierda tenían las riendas del poder después de volverse electoralmente competitivos.

Los liderazgos carismático-militares y religiosos cobraban una influencia que iba más allá de sus propios países y la derecha neoliberal parecía quedarse sin argumentos. Y sin embargo los problemas, los conflictos y las crisis no hacían más que ahondarse. Las hegemonías que parecían haberse construido con tanto éxito al principio —éxito derivado de la función tribunicia, como

¹¹ *V.gr.*, Eva Perón, *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser, 1951.

¹² Recordemos que los símbolos fundacionales de la política y la sociedad en la región son la palabra y la sangre, a juicio de Alain Touraine, *La parole et le sang: politique et société en Amérique Latine*, París, Odile Jacob, 1988.

integradora de los sectores populares en el sistema político y económico— se resquebrajaban rápidamente. ¿En qué sentido puede interpretarse ese proceso de cambio político en la región desde la perspectiva del advenimiento de lo *impolítico*, entendido como un fenómeno nuevo que amenaza la capacidad de amplios sectores sociales de aprehender los problemas que les son comunes? ¿En qué sentido la memoria política de la región puede ser recuperada desde la lógica de lo nacional popular, desde la función tribunicia, para seguir pensando y actuando sobre los problemas de integración no resueltos en sociedades cada vez más fragmentadas y aparentemente ingobernables?

La función tribunicia

LA *función tribunicia* es un término acuñado por el jurista y politólogo francés Georges Lavau en la segunda mitad del siglo xx. Su libro *Para qué sirve el Partido Comunista francés* (1981) y el capítulo “El Partido Comunista en el sistema político francés” (1969) son fundamentales para acuñar el concepto *función tribunicia*:

organizar y defender las categorías sociales plebeyas [es decir excluidas de los procesos de participación del sistema político, así como de los beneficios del sistema económico y cultural] y brindarles un sentimiento de fuerza y confianza. El programa político propuesto y la acción política desarrollada significan para esos plebeyos que su cólera [o rabia], su voz, diría Albert Hirschman, está oficialmente representada por mandatarios que se les parecen y hablan su lenguaje, pero bajo una forma políticamente articulada.¹³

Dicha forma se expresa a través de las tres funciones que, de acuerdo con Lavau, todo sistema político debe cumplir: 1) la legitimación-estabilización, gracias a los procesos electorales y la participación ciudadana; 2) la renovación de la clase política, que permite el ac-

¹³ Georges Lavau, “Le Parti Communiste dans le système politique français”, en Frédéric Bon *et al.*, *Le communisme en France et en Italie*, I. *Le communisme en France*, París, Armand Colin, 1969. Véase la primera toma de posesión de Hugo Chávez, el 2 de febrero de 1999, en DE: <https://www.youtube.com/watch?v=4p_tdygFRAY>. Consultada el 12-iv-2016. Observen la alusión a los rasgos físicos y al lenguaje, elementos que desde la idea de representación permiten integrar a los sectores sociales que se sienten excluidos. Pero esta alusión no es en forma de espejo, es bajo una forma políticamente articulada. En otras palabras, el político debe buscar la representación de los sectores no integrados a través de su figura (imagen), su lenguaje y su discurso.

ceso al poder a nuevos actores —mujeres, jóvenes, indígenas; y 3) la función tribunicia, que en esencia integra una función crítica (de cambio, de inclusión, de transformación) del sistema político, económico, social y cultural en donde se desarrolla.

Para Lavau, aunque puede haber un partido que cumpla mejor, o más, una función que otra, ninguno tiene el monopolio o exclusividad de la función tribunicia. En otras palabras, la lección es que un sistema político, para durar, debe integrar una dimensión crítica, así como el conflicto derivado de ésta.

Y en América Latina, aquellos que integraron de manera resuelta la función tribunicia fueron los movimientos políticos que impulsaron los llamados Estados nacional populares. Muchas veces dichos proyectos político populistas surgieron de orígenes muy diversos y disímiles: procesos revolucionarios, elecciones y golpes militares. Este populismo latinoamericano proveniente de lo que Lavau llamaría la *función tribunicia* tiene, por así decirlo, dos fases o dos épocas: un periodo que va de los años 1940-1950 a los 1970-1980 y una segunda etapa todavía en desarrollo que va de fines de la década de 1990 hasta nuestros días. Ernesto Laclau disecciona sus resortes discursivos y sus significantes políticos en lo que se ha convertido en un texto de consulta obligada y, por qué no decirlo, hasta de manual para nuevos políticos: *La razón populista*.¹⁴

Pero la función tribunicia se remonta a la política en la antigua Roma, allá en el 449 a.C. —de allí la expresión construida por Lavau— cuando los plebeyos se enfrentaban a los patricios alrededor de temas extremadamente conflictivos como la participación en la guerra, las deudas, la falta de tierras etcétera.

Los plebeyos no sólo son las clases bajas, también pertenecen a esta categoría aquellos que se oponen a la constitución oligárquica y patricia de Roma. Las luchas por ocupar el cargo de “tribuno de la plebe”, cuyo poder de veto e impartición de justicia fue creciente, y presidir la asamblea de la plebe fueron centrales en la Antigüedad. Durante dos siglos Roma vivió tensiones y crisis políticas que generaron lo que hoy llamaríamos un amplio proceso de democratización y que, siglos después, sería recuperado por la naciente Iglesia católica.

En América Latina el populismo, forjado al impulso de la función tribunicia como “motor de la historia”, dibujó un nuevo paisaje

¹⁴ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

social, permitió la emergencia de las clases medias, un proceso de urbanización, una incipiente industrialización y produjo dinámicas de legitimación de su propio poder estatal ante amplias masas de nuevos ciudadanos que empezaron a ejercer el voto y, junto con sus derechos, a demandar cada vez más recursos y oportunidades. Sin duda, en América Latina, los cambios sociales que acompañaron al populismo como régimen permitieron dibujar las formas de una sociedad más moderna, más educada y más participativa.

El populismo y sus representaciones

ESTOS cambios, asociados a la función tribunicia en América Latina, constituyen lo que René Zavaleta llamó en su momento *el poder dual*: una tensión permanente entre el poder constituyente y el poder constituido, entre clases que no terminan de disolverse, entre sectores que controlan distintos niveles del aparato de Estado, entre la misma sociedad civil y el Estado y que le permitía afirmar que “la dualidad de poderes es un desarrollo esencialmente antagónico”.¹⁵ Aunque el autor boliviano se refería a la tensión subyacente al proceso de transición política en el desarrollo de la *revolución*, su metáfora es útil para nuestros fines ya que la relación política que establece el poder dual no es estática —no es la lucha de uno contra uno, del plebeyo contra el patricio—, sino dinámica. Dicho de otro modo, el poder de los plebeyos se transforma a medida que se construye un nuevo poder patricio y éste, a su vez, transforma la dinámica plebeya, sus formas de protesta, sus reivindicaciones, su sentido de pertenencia, sus rituales para legitimar o deslegitimar y sus arrebatos para tomar el poder o sólo una parte.

Más lejos iría Carlos Franco, psicólogo social, en un texto célebre escrito a principios de 1991, en el que plantea que “el populismo peruano se me apareció, entonces, como el partero de la sociedad plebeya”.¹⁶ Pero agregaba:

reconociendo los límites de la analogía entre los procesos biológicos y los históricos, no pude dejar de reconocer sin embargo que los populismos en el Perú habían luchado por proveer de recursos a esa sociedad enclaustrada [los recursos de la cierta democratización social del país en las últimas

¹⁵ René Zavaleta, *El poder dual: problemas de la teoría del Estado en América Latina*, Cochabamba, Los amigos del libro, 1987.

¹⁶ Carlos Franco, *Imágenes de la sociedad peruana: la “otra” modernidad*, Lima, CEDEP, 1991.

décadas y de la distribución del ingreso, por goteo siempre, por aspersión a veces] por dispensarle un reconocimiento que la legitimara; otorgándoles un sentido, aunque ajeno, a su palabra balbuceante [...] el problema que hoy se plantea a los grupos privilegiados o integrados [...] es si van a reconocer el carácter legítimo de su descendencia.¹⁷

El populismo latinoamericano, arraigado en la función tribunicia como método democratizador de las multitudes plebeyas, no sólo generaba transformaciones sociales, económicas y culturales virtuosas sino también su contraparte, procesos de no reconocimiento, de fragmentación, de empoderamiento conflictivo, de protesta viral o desconfianza entre nuevos y viejos actores. En otras palabras la función tribunicia, como revolución democratizadora, trae consigo un nuevo reto, el de la representación política.

Imágenes de la representación

AUNQUE la representación ha sido siempre la representación de un poder, éste, literalmente, se pone en escena como una referencia central, tanto en la esfera de lo político como en el entramado institucional. Ello le permite al ser humano habitar el mundo a partir de los principios de la razón y de la ley. Si la teoría nos dice que la esencia de la política es el conflicto, sea éste por causas económicas, culturales, territoriales, legales etc., entonces, es absolutamente imprescindible para el Estado encauzarlo, darle forma, mantenerlo dentro de los límites de lo tolerable, de lo funcional. Aquí utilizaremos el enfoque de Jacques Rancière sobre el discurso del conflicto como desacuerdo, para vincular el enfrentamiento entre visiones políticas y visiones culturales de los actores.¹⁸ La alusión a que el gobierno produce en los actores una sensación que privatiza la política y sus demandas, halla su correlato en la forma de la explosión social.

La representación política viene a darle unidad y sentido, a través de una ficción, de orígenes teológicos y jurídicos, a ese poder dentro de toda comunidad que la humanidad ha construido de diferentes modos a lo largo de su historia. El surgimiento de la ciudadanía vendría a darle mayor complejidad a este montaje político. Pero hoy más que nunca, la ciudadanía se ha convertido

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Jacques Rancière, *El desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, pp. 56-78.

en un parámetro exigente al reclamar una mayor identificación entre representantes y representados.

Representación, operación simbólica y movimientos sociales forman parte del engranaje teórico de autores adscritos a la antropología política, la semiótica y la teoría política. Ello nos permite intentar un enfoque multidisciplinario desde las ciencias sociales, pero con énfasis en lo simbólico.

Las nociones de operación simbólica e imagen simbólica nos han servido para integrar el tema de la representación y de su cisma. La operación simbólica es uno de los objetivos mayores de la acción política y ha sido utilizada dentro de los estudios de semiótica política.¹⁹ Pero como fenómeno es complejo de alcanzar. Sólo se logra en momentos de grave crisis en donde la comunidad peligra: guerra externa o interna, catástrofe, crisis social total etc. Por lo tanto se produce también de manera esporádica y poco seguida. “La operación simbólica juega un rol fundador, pero sólo por un momento, en un conflicto violento que se monta y que la legitima”, escribe Lucien Sfez.²⁰ Para constituir el conflicto “amarran”, alrededor de una sola actividad de palabra y acción, las partes escindidas de una sociedad amenazada por la descomposición, refundando así su unidad. Para este fin, explotan al máximo las rupturas y los desacuerdos de la situación, llevándolos a su máxima expresión (muerte o sacrificio incluido), en un paroxismo de pesimismo, y plantan en su contra una imagen fuerte de reunificación y de vida. Pero estas operaciones permiten, a partir del conflicto, condensar las imágenes dispersas del pasado en un punto, a través de la reconstrucción de la memoria, recurriendo para ello a distintos artugios: fórmulas sacramentales, ritos conocidos por todos, fiestas electorales (aunque sea por usos y costumbres), declaraciones y sacrificios. Presentar la parte por el todo es la clave para reunir la dispersión del conjunto. Los fabricantes de dicha operación son los jefes “mágicos”, líderes con el carisma del momento que juegan con imágenes polimorfas y polivalentes que permiten armar un nuevo collage de representaciones en la coyuntura de crisis.

Por ello pasamos a las *imágenes simbólicas*,²¹ soporte de comunicación, cadena identificable de imágenes que producen adhesión o

¹⁹ Conceptos prestados para la ocasión por el jurista y politólogo francés Lucien Sfez, *La politique symbolique*, París, PUF, 1993 (*Cuadrige*), p. 43.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Néstor García Canclini, *La producción simbólica: teoría y método en sociología del arte*, México, Siglo XXI, 1979.

rechazo, la mayor parte del tiempo, tibia indiferencia. En términos de propaganda las imágenes simbólicas permiten proyectar en la pantalla social los estímulos sensitivos a partir de una memoria selectiva, pretexto de toda acción militante. Las imágenes simbólicas nos inundan, literalmente. Buscan reunir constantemente para mantener el interés y la pasión, la audiencia y la participación, el consumo y el voto pero no siempre lo logran. Son las estratagemas de *imagólogos* “expertos”: publicistas y políticos, candidatos y animadores, activistas y empresarios, académicos y “curanderos” del cuerpo social. En ese ámbito, la guerra de las imágenes nos atraviesa y toma la palabra por nosotros, sustituyendo ideas y personajes y proyectando futuros.

Reflexión final

Es con la ayuda de estas imágenes producidas *ad hoc* que se toman las decisiones o se traducen las utopías. Cada época conoce las suyas. En nuestra América el liderazgo sostenido de Hugo Chávez es una de las claves de la experiencia histórica reciente para entender este montaje político que, desde los arquetipos de la cultura y la función tribunicia, le imprimen una profunda fuerza cultural a su liderazgo carismático.

La dificultad de aprehender, comprender y eventualmente construir un mundo común es la hipótesis planteada por Franco en torno a la imposibilidad de reconocer a la sociedad plebeya como parte constitutiva de la misma sociedad, de un nosotros en el sentido amplio, y asumir las herencias del Estado nacional popular.

En el centro de lo político, la función tribunicia —que permitió dinámicas de integración e inclusión en el proyecto modernizador llamado Estado nacional popular—, se enfrenta hoy a su mayor reto: asumir la dimensión crítica del consecuente proceso democratizador impulsado por el populismo latinoamericano. Si en el futuro la función tribunicia podrá aún generar transformaciones genuinas a través de demandas sociales que traigan más justicia y más democracia será porque habrá sido capaz de incorporar en su dinámica la innovación política e institucional. Al contrario, si no es capaz de asumir e integrar el advenimiento de las recurrentes crisis políticas, con todas sus contradicciones, estará condenada a la tentación autoritaria —más allá de ser electoralmente competitiva— por la incapacidad de reconocer como *propia* a esa sociedad parida por nuestra historia.

RESUMEN

Se rescata el concepto *función tribunicia*, acuñado por Georges Lavau, para explicar la persistencia del populismo latinoamericano. Su utilidad deriva de que alrededor de la representación política se tejen fenómenos relacionados con la dinámica histórica que resignifican las nuevas demandas de integración y democratización de los sectores populares. La búsqueda de un nosotros constitutivo de lo político en América Latina remite al pueblo como actor protagónico en los discursos y las formas de representación que se nutren de la memoria de los Estados nacional populares del siglo XX.

Palabras clave: democracia, populismo en América Latina, simbolismo político, Estado nacional popular.

ABSTRACT

The concept *tribunitian function*, coined by Georges Lavau, is here reclaimed to explain the persistence of populism in Latin America. This concept is useful because of the historical dynamics-related phenomena interweaved to political representation which re-signify new integration and democratization claims in popular sectors. The search of a constitutive “we” in the political field in Latin America denotes the way in which the people become protagonists both in discourse and forms of representation fed by the memory of popular 20th century Nation States.

Key words: democracy, populism in Latin America, political symbolism, popular Nation States.